

XIV

La negación religiosa

Si en los campos de las ideas políticas e históricas Bilbao fué un disociador audaz, en el terreno de la controversia religiosa fué un demoleedor temible. Formidable ariete, desde sus años de juventud inició una cruzada incesante contra el catolicismo; ni el destierro ni las amenazas, ni el aislamiento, ni la miseria, entibieron jamás sus entusiasmos: en Santiago promueve ardientes escándalos y se acarrea una excomunión arzobispal con sus escritos: *Sociabilidad Chilena* y *Los Boletines del Espíritu*; en el Perú, la cárcel de la Inquisición acalla sus campañas contra el catolicismo; en Argentina ayuda, secunda y luego dirige gran parte del movimiento masónico; contesta con valentía una pastoral en la cual se le

condenaba; publica un Evangelio para el pueblo destinado a combatir violentamente la acción de la Iglesia en el desarrollo de la civilización indo-latina; compone un extenso trabajo sobre la "Vida de Jesús" de Renan, cuyo fin es negar amplia y analíticamente la divinidad del Nazareno; da a luz una serie de críticas, agudas, mordaces, en las que rebate el principio de la revelación como contradictorio para la obra de Dios mismo, pues contraría sus propias leyes; escribe en los periódicos, habla en las asambleas, vocifera en los corrillos, aconseja en sus cartas, no cesa un instante, donde esté, a todas horas, de robustecer su campaña anti-religiosa con honradez y serenidad, no valiéndose jamás de la injuria, ni de la exhibición para conseguir sus fines. Es un enemigo temible, rudo, obstinado, pero es un enemigo noble, franco, que, en todas partes, muestra él primero su frente blanca y sus ojos transparentemente azules. No se oculta porque nada teme; no transige con los convencionalismos porque ama, por sobre todas las cosas, la verdad; no cede ante los obstáculos y las barreras, pues su convencimiento es apostólico; mira cara a cara su porvenir incierto, su soledad, sus infortunios, y, sin embargo, saca fuerzas de sus flaquezas: la enfermedad terrible le estrecha cada día más y más su dogal en la garganta; su digna esposa llora solitaria en las vigiliadas largas y lentas de las crudas noches, esperando al com-

pañero de su vida que disipa en noble apostolado las postreras fuerzas de su existencia, como en los mejores años de su juventud. Mas, a pesar de su debilidad física, a pesar de que la muerte se aproxima cruel y segura, Bilbao no transige, no cede un momento. El amor a la verdad es más fuerte que él. Por eso sus enemigos le odian con saña: no conciben aquella resistencia porfiada que cautiva a muchos con su actividad extraña. Aquel hombre ya delgado, de pecho profundamente hundido y de ojos cadavéricos, vacilante como una llama moribunda, tenía aún energías sobrehumanas para erguirse en las asambleas del Retiro y de Colón y hablar sobre los ideales que siempre acariciara: contra el despotismo, contra la religión, contra las ambiciones de Europa sobre la América Latina.

Aunque místico en sus inquietudes ideológicas, Bilbao hubiera querido presenciar en la humanidad el imperio absoluto del espíritu racionalista y la vuelta hacia el paganismo que, en la primera época de la Revolución Francesa, intentaron erigir en culto algunos de sus corifeos. Fuertemente orientado por la escuela filosófica alemana desde Feuerbach a Strauss, asiduo lector de Hegel y de Lassen, en cuyas lecturas le iniciara su padre espiritual Edgard Quinet, su espíritu se libertó enteramente de toda creencia religiosa después de su segundo viaje a Europa. Sólo en aquella época comienza a ver bien

claro el camino que ha de seguir. Entonces lee, por tercera vez, a Hegel y consigue sacar fuertes provechos de sus doctrinas. Las primeras obras del filósofo tudesco le permiten penetrar lenta y metódicamente, como al héroe mitológico que fiado del hilo recorrió el Laberinto, en las encrucijadas de la escuela germanista que abarca todas las mutaciones del pensamiento hegeliano (1). Y el espíritu de Bilbao, acorazado de una débil cultura y de una más débil penetración crítica, se dejó envolver libremente por todas las audacias de aquel racionalismo demasiado reflexivo y demasiado inconsecuente. El cielo azul de su espíritu latino se convirtió en un atardecer gris y penumbroso, opaco y frío. Ni siquiera conservó en la segunda época de su corta vida ese amor sereno que, en sus primeros años, le profesó al cristianismo evangélico. A pesar de haber leído con amor las primeras obras de Renán, no tuvo la cordura de imitar los arranques de ese altísimo espíritu escéptico que, como nadie, comprendió, am-

(1) Es preciso recordar que aunque Bilbao no poseía el alemán se le presentó, seguramente, cerca de Quinet que estuvo siempre muy al cabo del movimiento filosófico tudesco, ocasión de conocer suscitadamente los escritos de la escuela hegeliana, sobre todo de Bauer, Feuerbach, Daumer, Strauss y Zeller. Además, es oportuno recordar que se habían publicado en París en 1850 dos colecciones de los escritos más importantes de dicha escuela: "Qu'est-ce que la Bible d'après la nouvelle philosophie allemande?" y "Qu'est-ce que la religion?"

plia y hondamente, todas las bellezas que el cristianismo ha desparramado durante diecinueve siglos a través de la civilización. Las disciplinas áridas de Feuerbach y de Lassen transformaron su corazón ardiente en un sepulcro; disiparon aquella hermosa exaltación ardiente de sus veinte años. En su afán de rebajar la acción católica, Bilbao acusó injustamente a la Edad Media de bárbara y oscura, prolongando el crudo prejuicio de la escuela alemana. ¿Acaso es posible hablar de esa Edad Media "enorme y delicada" que recordaba Verlaine, echando sobre ella un velo de sombras y de olvido, cuando del fondo tenebroso de su noche brotan estrellas luminosas y radiantes? ¿O, acaso un arte rico, original, imperecedero, no basta para justificar la existencia de una época que si fué guerrera, cruel y bárbara, supo dar aliento en su vientre fecundo a pintores, poetas y santos? "En todas partes donde hay originalidad,—ha dicho Renán,—verdadera expansión de algunos instintos de la naturaleza humana, es preciso reconocer y adorar la belleza" (1). Es necesario excusar en parte la barbarie, como la excusaba el autor de *Caliban*, siempre que se halle en ella la expresión de la perfecta belleza y una aspiración original del alma humana. Es preciso haber sentido bajo el cielo de Italia la pureza alada de las vírgenes

(1) ERNESTO RENAN.—*Vida de los santos*.

de Fra Angélico y del Perugino; es preciso evocar la divina leyenda del Santo de Asís, en cuyo espíritu se hermanaban una mística aspiración divina y una serena bondad humana; es preciso haber reparado en las vidas de un Fra Domenico Cavalca; es preciso, por fin, haber sentido, luminosa y profundamente, los símbolos del Nazareno y las bellezas de María, interpretadas por pintores, santos y poetas, para comprender toda la perfección espiritual que significa el cristianismo en su esencia. Sólo el hecho de que en el espíritu de quien escribió la "Vida de Santa Rosa de Lima", la escuela alemana hubiese operado una transformación total, se supone que no comprendiese profundamente la huella luminosa que en el arte ha dejado la influencia del símbolo cristiano.

Es preciso analizar detenidamente en qué consistían los ataques de Bilbao contra el catolicismo. Ya, en capítulos anteriores, hemos visto de cómo el autor de la *Sociabilidad Chilena* combatía ardorosamente el catolicismo por encubrir cerca de los Gobiernos la tiranía, apoyando su acción contra la libertad, y hemos visto también la interpretación y el alcance que se le daba a su negación del pecado original cuando Bilbao publicó *Los Boletines del Espíritu*.

Réstanos ahora repasar algunas de sus negaciones fundamentales, como ser la de la divinidad de Jesu-

cristo, la revelación, el milagro, la interpretación de los Evangelios, la conducta de la Iglesia como no ajustada al texto de las Escrituras.

Racionalista convencido, Bilbao amaba en el Nazareno, la profunda transcendencia humana de sus acciones y de sus doctrinas y el altísimo sentido espiritual de su vida; veía en él más a un filósofo que no a un iluminado por virtudes y misiones superiores. ¿Qué de extraño es, entonces, que con todo su amor de ideólogo, se diera a la tarea de rastrear en los Evangelios el carácter verdadero de la persona divinizada? La lectura del libro de Renan lo obliga a repasar su vida y las obras de sus historiadores. Realiza en tal momento el doble estudio de confirmar la negación de la divinidad de Jesús y de probar que los Evangelios han sido mal interpretados por el catolicismo. Veamos las razones y la confirmación de sus dudas. "Como yo había encontrado creencias,—escribe—dogmas, instituciones y deberes de la religión católica en contradicción con el Evangelio, empecé la tarea con curiosidad y esperanza; y cuál fué mi sorpresa y mi alegría al descubrir que el Evangelio no afirma jamás la divinidad de Jesús, sino que, al contrario, cuando, por algunas palabras mal interpretadas, los judíos le acusaron de blasfemia, el mismo Jesús negó terminantemente su identidad con Dios" (1). Claramente advierte San Juan, que Jesucristo se

(1) FRANCISCO BILBAO.—*La Revolución Religiosa*. I. Con la cita

proclamó Dios cuando expresó ser igual a su Padre: *Ego et Pater unum sumus*. ¿Renán mismo no afirma que Jesucristo tuvo "la idea fija de hacerse pasar por Dios?" Bilbao, que profesaba por el Nazareno una extralimitada admiración humana, en su afán de engrandecer al hombre, arremete contra el propio testimonio de los Evangelios, procurando asestar un golpe a fondo al catolicismo al negar la divinidad de Jesús. Sin embargo, la inconsecuencia de Bilbao en esta parte es grande y contraria a toda lógica: supone que la idea de la divinidad para ser enseñada y transmitida necesita violentar a la razón y por lo tanto no puede ser racional; con lo cual no parece sino que quisiera probar, recurriendo a hechos científicos, una afirmación que está fuera de toda ley y que no tiene más base que la del testimonio de su primer inventor. El absurdo que pretende justificar lo im-

del Evangelio de San Juan comprueba Bilbao su afirmación. Dice Jesús, según el evangelista, al predicar a los judíos:

30. Yo y el Padre somos una cosa.—31. Entonces los judíos tomaron piedras para apedrearle.—32. Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre, ¿por cuál obra de ellas me apedreáis?—33. Los judíos le respondieron: No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia; y porque tú, siendo hombre, te haces Dios a tí mismo.—34. Jesús les respondió: No está escrito en vuestra ley: Yo dije, Dioses sois?—35. Pues si llamo dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios, y la Escritura no puede faltar.—36. A mí, que el Padre santificó, y envió al mundo, vosotros decís Qué blasfemo porque he dicho, soy Hijo de Dios. (Juan X.)

posible sobre el absurdo mismo, no debe siquiera discutirse; se destruye con el desequilibrio de su propia sin razón. Jesús, al afirmar la divinidad del Padre a través de sus acciones y de su predicación, quiso hacer derivar su obra de un origen puramente divino y fortificar en los que habían de seguir sus enseñanzas la integridad del reino interior individual: "Es indudable que el reino de Dios—dice Labanca—ante todo es interior en el hombre y tiene su propósito moral; puesto que Pablo escribe claramente: 'El reino de Dios no es comida ni bebida; sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo' (1). Como hijo de Dios el Nazareno habla de la perfección del Padre cual de un ejemplo divino para los hombres. San Mateo advierte en su Evangelio que "Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; así también, nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo haya querido revelar." Lo cual interpreta Harnack, el sabio catedrático de la Facultad de Teología en Berlín, diciendo que "La conciencia que tiene de ser el Hijo de Dios, no es más que la consecuencia práctica de haber reconocido a Dios como a un Padre, como a su Padre. En el conocimiento de Dios, rectamente entendido, está toda la dominación de Dios". Y, poco antes, advertía el propio Harnack que Jesús, a través de los Evan-

(1) BALTASAR LABARCA.—*Jesú de Nazareth*.

gelios, "Es un *yo* que siente, que reza, que acciona, que pelea, que padece; un hombre que *aún al encumbrarse hasta su Dios no se divorcia de los demás hombres*" (1). Pero, caben en las afirmaciones de todos los comentadores de los Evangelios intenciones muy diversas: con la escuela racionalista alemana Bilbao negó perentoriamente la divinidad de Jesucristo, pues semejante divinidad empequeñecía ante sus ojos al humano filósofo del Sermón de la Montaña, al amigo de los niños y al amador de la naturaleza fecunda.

Pero, volviendo a la negación primera de Bilbao, es preciso comprobar si el propio Jesucristo y los Evangelistas no afirmaron su divinidad. En este sentido es muy elocuente el testimonio de Plinio el Joven, cuando le escribía al Emperador Trajano, al hablar de los cristianos: "No ocasionan ningún mal; se reúnen antes de nacer la aurora *para entonar himnos a Cristo como a un Dios*". Además, si los Evangelistas no creían ver en él a un Dios, ¿por qué le atribuyeron los milagros? Según el Evangelista Mateo, Jesucristo se proclamó Dios. Recordemos aquella conversación entablada entre el Nazareno y sus discípulos: "Quien ha dicho que soy el Hijo del hombre". Y, como ellos le respondieran: "Unos dicen que eres Juan el Bautista; otros, Elías;

(1) A. HARNACK.—*La esencia del cristianismo*.

otros, Jeremías; o uno de los profetas". Y él les respondió: "Y vosotros, ¿quién decís que soy?" Simón Pedro respondióle: "Tu eres Cristo, el Hijo de Dios vivo" (1). En otra parte del mismo Evangelio se relata que, como fuese condenado a muerte por haber declarado que era el Hijo de Dios y habiéndosele interrogado si era Cristo, el Hijo de Dios, el Nazareno responde: "En verdad, lo soy" (2). El Evangelista Lucas, haciendo referencias a esta misma parte de la vida de Jesús, refiere que cuando los sacerdotes le preguntaron: "Si eres Cristo, decídnoslo". Y Jesús responde: "Si os lo digo, no me creeréis". A lo cual replican los sacerdotes: "¿Entonces eres el Hijo de Dios?". Y el Nazareno les contesta: "En verdad, lo soy" (3). Como corroboración de esto es preciso recordar que San Lucas le proclamaba antes en su Evangelio: "El Altísimo, el Señor que ha descendido de lo Alto" (4). (*Visitavit nos oriens ex alto*). "La expresión Hijo de Dios—escribe Salvador—era de uso corriente entre los hebreos, para indicar al hombre de gran sabiduría y de gran piedad. "Pero no fué en tal sentido como la empleó Jesucristo. Así no habría cau-

(1) Mateo, v. 28.

(2) Mateo. XVI, 64.

(3) Lucas. XII, 67.

(4) Lucas. I, 76-78.

sado tal sensación" (1). ¿No recuerda el propio Salvador que al juzgar el Senado a Jesús le condenaba porque había profanado el nombre de Dios usurpándose para sí mismo? En el capítulo décimo del Evangelio de San Juan, dice Jesús: "¿Por cuál de mis buenas obras me lapidáis?" A lo cual le respondieron los judíos: "No es por una de tus buenas obras, sino porque, siendo hombre, te proclamas Dios" (2). No fué en una sino en múltiples ocasiones como Jesucristo afirmó ser hijo de Dios; y contra lo que estimaban una blasfemia los judíos iban sus peores invectivas. Cuando el Nazareno agoniza en la Cruz, el pueblo le grita en son de burla: "Va, desciende de la cruz, si eres el Hijo de Dios" (3). El abate Poulin prueba de cómo San Juan escribe el Evangelio a fin de establecer la divinidad de Cristo contra Cerintio y contra los Ebionistas" (4).

De estos testimonios sacados de los Evangelios, ¿cómo es posible comprender el error de Bilbao, cuando, al comentar a Renán, exclamaba: "¿y cuál fué mi sorpresa y mi alegría al descubrir que el Evangelio no afirma jamás la divinidad de Jesús, sino que, al contrario, cuando por algunas palabras

(1) *Vida de Jesús*. Citada por el abate Poulin.

(2) Juan. V. 31-32.

(3) Citado por el abate POULIN de la obra de Bougaud. *Jesús-Christ*.

(4) L. POULIN ET E. LOUTIL.—*La divinité de Jésus-Christ*.

mal interpretadas, los judíos le acusaron de blasfemia, el mismo Jesús negó terminantemente su identidad con Dios?" (1). Pero, fuerza es reconocer que la idea no era de Bilbao sino que de Renan: "Jesús—dice el autor de "Calibán"—no afirmó en ningún momento la idea sacrilega de ser Dios. Se cree en relación directa con Dios, se cree hijo de Dios" (2). Más tarde la Iglesia estableció claramente la razón humana y la razón divina del Cristo: en el Concilio de Nicea se declara su perfección en divinidad y su perfección en humanidad; Dios y Hombre, consubstancial con el Padre por la divinidad, y consubstancial con nosotros por la humanidad. El sexto sínodo ecuménico de Constantinopla expresa: "Dos voluntades naturales no contrarias; pero su voluntad humana determinada y subordinada a su voluntad divina y absoluta".

Sin embargo, Bilbao racionalista y amante de los hechos positivos de la experiencia, no podía aceptar semejante mitología compuesta por la fantasía de los Evangelistas. El aceptaba con el comentarista Paulus que los Evangelios eran historias escritas por hombres crédulos, bajo el imperio de la imaginación viva. Y lo que fué conservado oralmente durante los primeros tiempos pudo ser desfigurado

(1) FRANCISCO BILBAO.—*La Revolución Religiosa*.

(2) ERNESTO RENAN.—*Vie de Jésus*.

fácilmente después, según pasaba de boca en boca antes de ser escrito. Ya Holtzmann, al hacer referencias a la tradición sinóptica, escribía que "deben sus características más importantes al hecho de que ha crecido durante largo tiempo oralmente" (1).

Al tratar de los milagros, Bilbao no es menos escéptico y duro. En nombre de la ciencia condena las que él estima como fábulas que desvirtúan todo el humano fondo moral de sus doctrinas.

La vida del Nazareno le parecía a Bilbao deformada totalmente por la imaginación de los Evangelistas. Acaso escudado en aquello que declaraba el tercer Evangelista cuando escribía "se lo sacó todo absolutamente de la cabeza", quiso interpretar erradamente lo que no pasaba de ser más que una confesión ingenua sobre el arte de componer aquel libro. Pero, en cuanto al valor que como testimonio de verdad, respecto de la vida del Nazareno, le concedía Bilbao a los Evangelios, no parece sino que siempre dudó de la veracidad de dichos documentos. Demasiado radical en sus interpretaciones, no comprendió el ideólogo de la *Sociabilidad Chilena* que "No es posible comprender el cristianismo si no se estudia el desarrollo en el terreno en que desarrolló su acción" (2). ¿Cómo ha de ser posible,

(1) *Hand Commentar zum Neuen Testament.*

(2) NIETZSCHE.—*Der Wille zur Macht.* (I Teil). *Der Antichrist.*

entonces, aplicarles un método científico moderno, cuando dichos libros están edificados sobre una base que muchos críticos suponen enteramente imaginativa? Con razón advertía el mismo Nietzsche que las historias de los santos—y con ellas las del Nazareno—"son la literatura más equívoca que existe" (1). Y las propias aberraciones de los Evangelios se pueden deducir de la conducta que ha observado la Iglesia respecto de sus enseñanzas: se ha separado totalmente de ellos hasta el punto que no andaban errados quienes como el filósofo de "Der Wille zur Macht", aseguraban que "El cristianismo niega la Iglesia" y que Bilbao tomó como base en su estudio sobre la obra de Renan.

Pero analicemos uno de los puntos capitales de los Evangelios, sobre el cual Bilbao dirige sus ataques más audaces. Al tratar de los milagros, Bilbao escribe: "Nuestra proposición, que parecerá muy atrevida, sobretodo de los historiadores, es que Jesús no creía en el poder de hacer milagros", (2) con lo cual le atribuye perentoriamente a los Evan-

(1) NIETZSCHE.—*Der Wille zur Macht.* (I Teil). *Der Antichrist.*

(2) No era tan atrevida como él suponía tal afirmación, pues ya veintinueve años antes (en 1835) escribía Strauss: "Si Jesús condena la manía de los milagros, (Juan, 4, 48) y cuando le exigen pruebas siempre responde negándose, esto nos prueba que no haya hecho, voluntariamente, milagros en otras ocasiones que estimó más propicias". *Leben Jesu.* Ya en París había aparecido la primera traducción francesa de la obra alemana en 1853.

gelios las invenciones que todos aceptan como hechos de origen divino y que afirman la propia divinidad del Nazareno. ¿Cómo prueba tales negaciones? Comienza Bilbao por citar a Strauss en aquello de que "El antiguo Testamento presentaba los tipos mejor preparados para la formación de narraciones detalladas, de resurrecciones aisladas". Y, avanzando más aún, toma Bilbao como ejemplo típico uno de los más conocidos milagros que se le atribuyen a Jesús: la resurrección de Lázaro. La primera interpretación que acepta es la de Renan, que supone que Lázaro estaba enfermo y deseando verle el Nazareno dijo: "Alzad la piedra". Marta exclamó entonces: "Señor, él hiede, pues hace cuatro días que está muerto". Descubierta el sepulcro y como Lázaro apareciese ante su vista aún amortajado, Jesús dijo: "Desatadle y dejadle andar" (1). "Esta aparición—escribe Renan—debió ser mirada naturalmente por todos como una resurrección" (2).

El milagro es negado, advierte Bilbao, (pues ya suponía Renán, anteriormente, que Lázaro "pálido aún a causa de su enfermedad, se hizo amortajar y encerrar en su sepulcro de familia (3), pero se afirma la existencia de un hecho que pudo ser considerado como milagro. También supone Renan que

(1) Juan. XI.

(2) RENAN.—*Vie de Jésus*.(3) RENAN.—*Vie de Jésus*.

"Instintivamente persuadidos de que Jesús era un taumaturgo, Lázaro y sus dos hermanas pudieron ayudar en la ejecución de uno de esos milagros, como tantas personas piadosas que, convencidas de la verdad de su religión, han querido triunfar sobre la obstinación de los hombres mediante recursos en los que ellos advertían bien clara su propia debilidad" (1). La necesidad de lo sobrenatural se imponía para deslumbrar y atraer a las multitudes. Es preciso recordar que Neander (2), suponía en los milagros de resurrecciones realizadas por el Nazareno la necesidad de una muerte aparente. También es posible, advierte Strauss, que "a causa de la imperfección de la medicina entre los judíos de entonces, un síncope pudo ser tomado fácilmente por una verdadera muerte" (3). Lo cual en este caso está fuera de la lógica, sobre todo si nos atenemos al testimonio de Marta, que le advierte al Nazareno que Lázaro hedía por estar muerto cuatro días. Analizadas todas las circunstancias que presidieron en tal milagro, Strauss llega a la conclusión, aceptando la opinión de algunos teólogos, que las resurrecciones narradas en los Evangelios "no eran otra cosa que mitos, hijos del afán que caracterizaba a la antigua comunidad cristiana de modelar su Me-

(1) RENAN.—*Vie de Jésus*.(2) Citado por STRAUSS en su *Leben Jesu*.(3) STRAUSS.—*Leben Jesu*.

sías, calcando el tipo de los profetas y el de la ciencia mesiánica" (1).

Bilbao no se dió a analizar ni discutir en sus estudios religiosos sobre la lógica o la racionalidad de los milagros. Los negó rotundamente como contrarios a las leyes naturales: "No hay milagro—escribía—sin violación de una ley natural. La ley natural es la manifestación de Dios en la forma de los seres. Si Dios destruyese la ley de gravedad a que están sometidos los cuerpos, destruiría la esencia misma de la materia, lo que importaría anular su substancia. Sería lo mismo que crear para sepultar en la nada" (2). Y, más adelante, extremando su dialéctica, agrega: "La creencia en el milagro supone la idea de un Dios que, no sólo cambia de ideas, sino que se contradice a sí mismo. Decir, con San Agustín y el abate Moigno, que el milagro es la única vía por la cual puede Dios manifestar su voluntad, es decir, que Dios sólo por la contradicción puede ostensiblemente revelarse" (3). Y ascendiendo más en su afirmación. Bilbao suponía que si Dios ha sido el supremo creador, debe respetar su obra y no puede violar las leyes que la rigen a trueque de falsear su creación misma. Sin embargo, los comentadores de los Evangelios acep-

(1) STRAUSS.—*Leben Jesu.*

(2) FRANCISCO BILBAO.—*Estudios religiosos.*

(3) FRANCISCO BILBAO.—*Estudios religiosos.*

tan tales contradicciones, pues la virtud de los hechos confirma los fundamentos de la religión. ¿No decía Wallon que "La religión que tiene sus fundamentos en la razón, tiene su demostración en los hechos? Ella justifica sus principios; que se juzgue por sus obras" (1). Es decir, que si el milagro contradice las leyes creadas por Dios, afirma, en cambio, su poder supremo ante los hombres. De lo cual resulta una conclusión lógica parecida a la de aquel profesor de natación que, a fin de elogiar sus métodos náuticos ante sus discípulos, sólo nadaba aplicando las maneras defectuosas que él no enseñaba, para hacer resaltar la excelencia de sus clases, por contraste. Es la lógica de aquel rico patricio romano que creaba jardines opulentos y hacía construir palacios suntuosos para darse el solo placer de ordenar su destrucción.

Como lo aseveran numerosos comentaristas modernos de los Evangelios, desde Paulus a Strauss, y desde Renán a Harnack, no es posible atribuirle a los milagros un valor intrínseco especial, ya que los Evangelistas no se atuvieron siempre a lo que observaron sino que en muchas ocasiones acogieron relatos y suposiciones tan sólo aceptadas con la garantía de la palabra, lo cual podía justificar, en

(1) H. WALLON.—*Vie de Notre Seigneur Jésus-Christ, selon les concordances des quatre évangélistes.*

parte, lo que advertía Jacquier cuando afirmaba que "la historicidad de los hechos naturales que refieren los Evangelios garantiza la de los hechos sobrenaturales: lo natural y lo sobrenatural estaban íntimamente ligados en los Evangelios, y, por consecuencia, eran indisolubles" (1).

Si los Evangelios aparecían contradictorios y fáciles de inducir al error ante los anhelos reformistas de Bilbao, la Iglesia Católica era para su racionalismo filosófico la mayor impostura visible. ¿Cómo aceptar una institución que basaba su eternidad sobre la concepción de la divinidad de su fundador, si esa divinidad no había sido proclamada por el propio Jesús? Y, sí, además, dicha religión fundaba sus cimientos sobre la revelación y esa revelación no podía existir ante su entendimiento por contradecir las leyes de la vida establecidas por Dios mismo, ¿cómo era posible aceptar su origen divino? He aquí las dos grandes negaciones de Bilbao que se basaban y se desprendían como corolario de sus negaciones anteriores sobre la interpretación de los Evangelios. Pero si estas razones sólo se relacionaban con la estabilidad de la Iglesia en lo que respecta a sus relaciones humanas es preciso repasar algunas de las negaciones metafísicas de Bilbao sobre la divinidad de Dios. La primera negación es la

(1) E. JACQUIER.—*La Crédibilité des Evangiles.*

de substancia infinita: Dios no es la substancia infinita,—afirmaba Bilbao,—luego el infinito no es Dios. "De esa idea,—escribe,—se deduce que puede haber aumento de substancia, o creación de la nada, porque sería suponer que la substancia infinita ha sido aumentada, lo que sería contra la proposición afirmada" (1). La segunda negación es la de inteligencia: soy la inteligencia, luego la inteligencia es eterna. "Dios como inteligente—dice Bilbao—es omnisciente, es la sabiduría absoluta. De esta idea se deduce que no puede cambiar su pensamiento, ni arrepentirse, como lo afirma la Biblia". ("Arrepentirse de haber hecho al hombre en la tierra... *Traeré, dijo, de la haz de la tierra al hombre que he criado, desde el hombre hasta los animales, desde el reptil hasta las aves del cielo, porque me arrepiento de haberlos hecho* (2). La tercera negación es la del legislador: La ley o la forma constituyen la existencia. Y como ellas son su creación y por lo tanto un reflejo de su divinidad contradecirlas, destruirlas o negarlas es negar su propia divinidad. "Cambiar esa ley es cambiar la naturaleza divina. Cambiar la naturaleza divina equivale a negarla" (3). La cuarta negación es la de la inmutabilidad: "Dios no puede variar ni su substancia, ni en pensamiento, ni

(1) FRANCISCO BILBAO.—*Estudios religiosos.*

(2) Génesis. VI, 6-7.

(3) FRANCISCO BILBAO.—*Estudios religiosos.*

en voluntad" (1). Suponerle variaciones es afirmar su imperfección. ¿Cómo había de variar su substancia si él es el infinito, la substancia infinita? La substancia es una, única e indivisible. "Dios no puede pues, cambiar la substancia ni sus calidades, ni sus leyes". Luego, como cambio de substancia o transubstanciación, el milagro es imposible (2). Dios no puede alterar sus leyes, su creación, porque dicha alteración acusaría la imperfección de la obra creada por su infinita sabiduría. Cambiar sería para él negar; y, si no puede alterar las leyes creadas por razón de perfección, deja de ser omnipotente. Su omnipotencia está subordinada a la razón de su divinidad misma. "La ley de Dios es la materia,— agrega Bilbao—es ley matemática o física, Dios no puede alterar, ni cambiar los axiomas matemáticos, ni las leyes de la materia. Luego Dios no es omnipotente" (3).

Tales son las negaciones religiosas de Bilbao: negación de la divinidad del Hijo de Dios, negación de las afirmaciones sobrenaturales de los Evangelios, negación, por lo tanto, de los orígenes divinos de la Iglesia y negación de la omnipotencia y de la divinidad del propio Dios. Esto último en cuanto a la idea metafísica del catolicismo, pues ya, en capítu-

(1) FRANCISCO BILBAO.—*Estudios religiosos*.

(2) FRANCISCO BILBAO.—*Estudios religiosos*.

(3) FRANCISCO BILBAO.—*Estudios religiosos*.

los anteriores y al hablar de la *Sociabilidad Chilena* y de la Sociedad de la Igualdad, hemos analizado de cómo Bilbao combatía el catolicismo por ser solidario de la tiranía y por combatir contra los derechos de la libertad. Estas últimas constituyen sus negaciones sociológicas sobre las relaciones de la Iglesia con el poder y con la democracia.

Conclusiones

Medio siglo ha corrido ya desde la muerte de Francisco Bilbao; medio siglo que pesa como una eternidad entre su obra y la de nuestros contemporáneos. ¿Cuál es la razón de que hoy no se la lea ya y de que su nombre sólo se escape del olvido por los hechos memorables a los cuales estuvo ligado? Analizadas ya las influencias que hicieron de su obra un reflejo audaz, es posible decir que su falta absoluta de originalidad influyó hondamente en su medianía ideológica. Es doloroso recordar que Bilbao siempre estuvo reflejando a dos o tres escritores de sus simpatías; primero fué Lamennais, luego Quinet, más tarde Strauss, Renán, Michelet y Rous-

seau. No logró independizarse nunca a fin de conseguir su personalidad.

Pero si en cuanto ideólogo la historia nacional no le asignará una de sus mejores páginas, en cuanto hombre de acción será de quienes descuelle más alto en la reseña de las luchas reñidas por el libre pensamiento americano. Ni en Chile, ni acaso en todo el continente indo-latino, ha habido un escritor que le aventaje en osadía, en noble convencimiento y en bárbara audacia. Más tarde, cuando corran los años, se hablará de Bilbao como del más ardiente apóstol del republicanismo, como del tribuno popular más entusiasta y como del más esforzado enemigo de todo despotismo político. Su gloria no será la aureola del pensamiento; su triunfo descansará sobre la base de su acción de hombre: de él podrán decir las generaciones venideras que jamás le aventajaron en honradez, en audacia y en libre convicción de lo que su enorme corazón estimó justo y redentor. Bilbao no persiguió remuneraciones fáciles; Bilbao abocó sólo las iras sociales; Bilbao elevó siempre erguida su blanca frente, desafiando las iras de sus enemigos como un roble aislado que, en medio de la montaña, resiste las tempestades y las iras del cielo, solo siempre, siempre solo. Y la virtud de la audacia honrada, de la franqueza que es un sacrificio, de pensar libre y serenamente sin temor a la tartufería habitual, es hoy aún una cuali-

dad difícil y arriesgada que ayer no más silenció la voz de un chileno digno de los caracteres plutarquianos. Si esto sucede en la actualidad es preciso suponer la fortaleza de Francisco Bilbao cuando, adolescente aún, lanzó en medio del remanso de aquella sociedad pelucona de mediados del siglo diecinueve, el grito audaz de su rebelión de hombre libre.

Francisco Bilbao hizo de su audacia un escudo y de su honradez una coraza: pero estas no le impidieron como al héroe griego, morir sangrando por las veinte heridas que le infirieron las decepciones de sus derrotas y las alegrías de sus cien victorias.